

## VIDA DE ORACIÓN

El llamado a la Contemplación, propiciado por todos los autores espirituales y místicos de la historia de la Iglesia, surge en Dalmanutá a partir de la elevada espiritualidad del P. Montes, de su unión con Dios, de su afectividad toda puesta a su servicio; y hoy la vivimos como fuente de plenitud afectiva y espiritual.

La Contemplación constituye un punto central de las vocaciones consagradas en la Institución, expresión de la aspiración a *“lo que más nos conduzca para el fin que somos creados”*, es decir, *“alabar, hacer reverencia y servir a Dios”* (cf. “Principio y Fundamento” de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio). Expresa la entrega del corazón a Dios; la atención, cuidado y procesamiento de la vida afectiva y espiritual hacia ese *“lo que más”* de amor a Dios y al prójimo.



La vida de oración también necesita de un aprendizaje. Comienza a tomar forma y a trabajarse en la Dirección Espiritual, a partir de las aspiraciones más o menos conscientes que traen las personas que acuden a nosotros. A través de la propia Dirección Espiritual se va encarnando una relación experiencial con Dios, que busca expresarse en momentos de “soledad”, de unión explícita con Él. Ello está simbolizado en el término “Dalmanutá”, significando *“la región desconocida a donde se dirigen nuestras preguntas más esenciales, el punto de encuentro de lo interno y lo externo, el lugar, en fin, donde debemos encontrarnos con Jesús”* (P. Luis P. Montes sj).



En este crecimiento, son de mucha ayuda y guía en la vida de oración textos clásicos de grandes santos de la Iglesia, maestros de espiritualidad, como ser –entre otros- santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, santa Teresa del Niño Jesús, san Francisco de Sales, etc.

La oración como docilidad a la acción del Espíritu Santo, constituye el generador de fecundidad y creatividad espiritual. De ese amor surgen las expresiones propias de nuestro carisma, en aspectos y formas novedosos que son, con la gracia de Dios, frutos visibles para bien de la Iglesia y de los hombres. De este encuentro con el Señor es de donde han surgido las vocaciones a la vida consagrada, a partir del discernimiento personal con el Director espiritual. Ella es, en definitiva, el origen y alimento de nuestra vida institucional y apostólica, la impulsora de nuestra actividad misionera y vida eclesial.